

UN SER FANTÁSTICO

Las frías paredes de la sala de autopsias de ese viejo hospital, temblaron en las luces del ocaso, cuando abruptamente, la palpitación de un insecto díptero gigante surgió en el aire y lo envolvió con su aliento inicial, abochornando la atmósfera con un vaho putrefacto. Alzó la vista y observó el entorno del local; lo rodeaba el olor de la sangre de los muertos.

Sonrió, mientras su trompa mostraba sus finos agujijones y fue desplazándose lentamente aleteando y aferrándose con sus múltiples patas; debía buscar con paciencia una víctima, para satisfacer esa incipiente necesidad de saciar su sed de sangre caliente.

Al salir de la Facultad con la alegría de haber aprobado la anteúltima materia de la carrera cruzó la calle sin ver; luego en el viejo hospital le dijeron que había sido una camioneta, que le había producido un fuerte golpe en la cabeza.

Estuvo convaleciente durante una semana y justo antes que le dieran el alta, apareció frente a su cama aquel ser fantástico. Era un gran insecto con ojos humanos y se mantuvo frente a él en la penumbra de la habitación, tenía una mirada terrorífica y un hedor de muerte; un sudor frío le recorrió la frente hasta que, de repente, desapareció de su vista.

Cuando volvió a su departamento, comenzó a sentir como una pesadilla su presencia; pero su mente debía eliminar esa sensación, porque tenía que preparar su última materia; la noche, con su silencio, le trajo algo de sueño. Se recostó sobre el sofá y antes que sus ojos se cerraban, observó en un espejo a ese insecto siniestro; estaba allí para perseguirlo y trató de reaccionar; pero al incorporarse, como una exhalación, la figura desapareció del espejo.

Al día siguiente, trató blanquear su mente, abocándose fanáticamente al estudio; sin embargo, al anochecer, volvió a sentir la sensación que alguien le observaba. El miedo lo fue invadiendo poco a poco; intuía entre tinieblas esos ojos horrorosos en aquel enorme insecto

que lo perseguía; no pudo más y salió del departamento, pensó que tomar algo de aire puro le haría bien.

El parque arbolado era muy tranquilo y luego de un tiempo de caminata se empezaba a recuperar; cuando de repente, nuevamente percibió su presencia, ya entre las sombras. Avanzó con cautela y con paso presuroso se escondió tras un árbol, y al sentir que se acercaba con esa respiración profunda y el aliento fétido, su vista se nubló y con una gruesa rama, le asestó a aquella cosa un golpe con toda su fuerza y eso bastó; se oyó un pequeño chasquido amortiguado al desplomarse al suelo y ya solo quedó un extraño silencio en la oscuridad de la noche y asaltado por el pánico, sin siquiera mirar, se retiró rápidamente del lugar.

Cuando se estaba retirando, notó que dos personas se le acercaron y lo empezaron a perseguir; al intentar correr, tropezó y se torció el tobillo con gran dolor, entreabrió los labios, pero fue incapaz de gritar y solo emitió un gemido. Lo alcanzaron y mientras luchaba, escuchó la sirena de una ambulancia, ¿o era un coche de policía? El cuerpo le pesaba e intentó pararse, porque lo tenían tendido en el suelo; el sudor lo empapaba completamente, ¡todo le daba vueltas!

Despertó a la mañana siguiente, con un espantoso dolor en todo su cuerpo y sintió que tenía unas esposas puestas. Claramente, escuchó que le decían que estaba acusado de haber matado al viejo guardián del parque; eso es una mentira dijo, yo solo eliminé a un insecto terrorífico e inmaterial que siempre me perseguía y acosaba con su presencia.

Pero, ¿realmente lo había eliminado? Luego, en la sombra de la celda, volvió a percibir su presencia, su hedor y otra vez la sensación de terror y angustia lo invadió.

Oyó un zumbido y allí nuevamente apareció él; ese enorme insecto que con ojos humanos espectrales, se le acercó aleteando, arrastrando con parsimonia sus numerosas patas blandas y pegajosas. El silencio era tan profundo, que sentía el respirar de aquellos pulmones,

anhelantes de aire, que se hinchaban y contraían, mientras su trompa emitía un gorgoteo repugnante. ¡Vivía!, ese ser nefasto vivía, estaba allí; miró aquella cosa maloliente y aterrizado quiso gritar, pero no pudo, y ya vencido se desvaneció.

Entonces, sacudió su cuerpo de insecto y se aproximó lentamente, mientras una tenue vibración lo rodeaba, un halo de rancia humedad lo cubría, envolviendo con su aliento la penumbra de esa celda. Olfateó ese olor flácido y su apetito se hizo tormenta y al fin: disfrutó con sus afilados aguijones hundidos en esa débil carne y sorbió embelezado, el sabor del encuentro con la sangre caliente de ese ser vivo, madre de todos sus placeres.

Y gozó hasta el hartazgo abrazando a su víctima, aleteando su cuerpo, al unísono con el que agonizaba, ignorante de su privilegio; deleite y alimento de la razón de ser de aquella existencia. Un suspiro, con una leve exclamación fueron suficientes; luego de succionar envilecido hasta la última gota de aquel néctar, y ya satisfecho, el ser fantástico empezó a alejarse parsimoniosamente.